EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

VIAJEROS DE ULTRAMAR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1890

VIAJEROS DE ULTRAMAR

VIAJEROS DE ULTRAMAR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenada en el TEATRO LARA el 14 de Enero de 1890.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES		ACTORES
PANCHA (americana)...........	Sra.	Valverde.
LAURA (americana).............	Srta.	Rodríguez.
EMILIA.........................	Sra.	Mavillard.
BLANCA........................	Srta.	Blanco.
PEPA...........................	Sra.	Domínguez.
CHICHITO (americano)..........	Sres.	Rubio.
ANTONIO.......................	»	Tamayo.
PIERRE (francés)...............	»	Ruíz de Arana
PEDRO (gallego)...............	»	Tojedo.
EL VIZCONDE..................	»	Robledo.
JHON (inglés)..................	»	Ramírez.

La acción en Madrid.—Época actual.

ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con elegancia. Puertas laterales y en el fondo. En el centro, mesa grande de comer.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO y MONSIEUR PIERRE

Monsieur Pierre con delantal y gorro de cocina. Ambos acabando de poner la mesa.

ANT. El comedor es muy grande,
frío como una nevera,
y aquel mueblaje severo,
á mí me causa tristeza
y no me incita á comer.
Aquí está mejor la mesa,
entre espejos, entre luces
y cortinajes de seda.
Aquí se abre el apetito
y aquí la vista se alegra;
y aunque somos pocos, como
es la habitación pequeña,
estaremos unos de otros
muy cerca, y estando cerca,
habrá más animación
y más bullicio en la fiesta.

PIERRE. (Con marcado acento francés.)
Si la señorita viese
su habitación predilecta,
su boudoir, su gabinete
de confianza, el que contempla
avec amour, convertido
esta noche en leonera...
¡Ah, mon Dieu!

ANT. No lo ha de ver.

PIERRE. Á mí me tiemblan las piernas.
Nos hemos precipitado
un poquito. Si volvieran...

ANT. ¡Qué han de volver, monsieur Pierre!
Han dado las ocho y media.
Á las ocho habrá partido
el expreso que se lleva
á nuestros amos. Ya están
camino de la frontera.
No volverán en un año,
y desde hoy la casa es nuestra.

PIERRE. ¡Bravo!

ANT. Los ricos salones,
las alfombras de Bruselas,
las butacas...

PIERRE. E las camas
con los colchones de muellas.

ANT. Y la despensa.

PIERRE. Esa es mía.
La despensa é la bodega.

ANT. Monsieur Pierre, todo de todos;
todo nuestro. Hoy se celebra
la toma de posesión
con una soberbia cena.

PIERRE. Ya verá osté qué menú.

ANT. No perdamos tiempo. Vengan
esos platos.

PIERRE. Allá van.

ANT. Jhon á este lado; á la izquierda,
Pedro; presidiendo, yo;
y á mi lado, la portera. (Colocan los platos.)

PIERRE. ¡Oh! Eso no.

ANT. ¿Cómo que no?

PIERRE. Ó la portera se sienta
á mi lado, ó yo no guiso.
ANT. ¡Monsieur Pierre!
PIERRE. ¡Mon Dieu, qué hembra!
como se dice en España.
No me separe osté de ella,
por Dios.
ANT. Bien; pues que presida.
Yo me siento á su derecha
y usté al otro lado.
PIERRE. ¡Bravo!
ANT. Ya está la cuestión resuelta.
Ahora pongamos los vasos.
(Van poniendo los vasos.)
PIERRE. ¡Buen servicio!
ANT. De primera:
un vaso de agua.
PIERRE. Y de vino
cinco ó seis copas.
ANT. ¡Aprieta!
¿Cinco ó seis copas por barba?
PIERRE. ¡Claro! E cinco ó seis botellas,
por barba también.
ANT. ¡Pero hombre!...
PIERRE. Hoy acabamos la cena
todos peniques.
ANT. Peneques.
PIERRE. Es igual. Y el que no tenga
fuerzas para ir á su cuarto,
dormirá bajo la mesa.
ANT. Es usté un hombre terrible,
único para una juerga.
PIERRE. ¡Eh! Voilá mon caractère.
Me carga la gente seria
y formal. Por eso tengo
tanto cariño á esta tierra
del fandango, la guitarra,
el ole y las castañuelas.

ESCENA II

DICHOS y PEPA por el fondo.

PEPA. ¿Se puede entrar?
ANT. Adelante,
Pepa.
PIERRE. ¡Que viva la Pepa!
PEPA. Como ustedes han dejado
medio entornada la puerta,
sin pedir permiso á *naide*
me he colado.
ANT. Usted se cuela
aquí, sin pedir permiso,
hasta donde la parezca.
PIERRE. Usted me ha llegado ya
á mi hasta las entretelas
del corazón.
PEPA. ¡Puede!
PIERRE. Puede.
PEPA. ¿Están ustedes de queda?
ANT. ¡Qué portera, monsieur Pierre!
PIERRE. ¡Oh! ¡Superior! Es la reina
de las concierges.
ANT. ¡Qué mujer...
tan mujer... y tan bien hecha!
¡Vaya un modo de pisar!
¡Esto es una madrileña!
PIERRE. Esto es lo que se llama
la pura sangre.
PEPA. ¿De veras?
¿Pero ustedes la han tomado
conmigo?
PIERRE. Yo bien quisiera
tomarla con usted.
PEPA. ¿Sí?
PIERRE. Y no dejarla.
PEPA. ¡Qué pelma!
PIERRE. ¡Ay, qué ojos!
ANT. ¡Y ay, qué ejes!

PEPA Y ¡ay, qué hijos! Que allá fuera
tengo seis. ¿Quiere usted más?

ANT. ¡Anda! Aún está usted con fuerzas
para otros seis.

PEPA. Ya no tengo
humor.

PIERRE. ¡Oh, mon Dieu! ¡Quién fuera
padre de los doce!

ANT. Es viuda,
querido Pierre, conque á ella.

PEPA. ¡Eh! Basta ya, *so* pesados,
que se acaba mi paciencia.
¡Qué penitencia! Los dos
cogidos de mis orejas
y sin quererme soltar
como dos perros de presa.
Soy una viuda que tiene
tanta honra como probeza,
y al infelíz que murió
porque se rompió una teja
estando en un quinto piso
limpiando unas chimeneas,
no le sustituye naide
como loca no me vuelva.
Conque basta de requiebros,
que es fácil que se me encienda
la sangre y que, sin querer,
plante esta mano en la geta
de la cara del semblante
del rostro de cualsiquiera
de los dos, y que se encuentren
después sin alguna muela.

PIERRE. Á mí, si quiere pegarme,
yo me dejo. Osté me pega,
que manos blancas no ofenden.

PEPA. Pero estas son de plazuela;
y, en fin, no he venido aqui
para escuchar más simplezas.
Vengo á comer. Traigo un hambre
de tres maestros de escuela.
Á ver, ¿qué has guisado tú?

PIERRE. ¡Oh! ¡Quel bonheur! ¡Me tutea!

PEPA. ¿Qué hacemos ya?
ANT. No han venido
ni Jhon ni Pedro.
PEPA. Que vengan
pronto ó no los esperamos
y sin comida se quedan.

ESCENA III

DICHOS y PEDRO por el fondo con la librea de lacayo.

PEDRO. Aquí está Pedru.
ANT. ¡Perico!
¿Se han marchado?
PEDRO. (Con acento gallego.) Hace ya media
hora que se van, echando
demonios por esas tierras.
El señor y la señora
con la cara un poco seria,
pensativos y mohinos;
la señorita contenta,
que á los jóvenes nus gusta
siempre la marimorena.
ANT. ¿Van en el Sleeping carr?
PEDRO. En ese vagón que lleva
camas; en ese en que luégo,
en cuanto la noche llega,
duermen los unos encima
de los otros.
PIERRE. ¿De manera
que somos libres?
ANT. Y dueños
de todo.
PEPA. ¡Sois buenas piezas
los tres!
PEDRO. ¡Que vivan los amos
que se van!
ANT. ¡Y las porteras
que suben!
PEDRO. Y los ayudas
de cámara que se quedan.
PIERRE. Los criados de confianza

que como son de completa
confianza, se toman todas
las confianzas. (Intenta abrazar á Pepa.)

PEPA. Que te llevas
un revés.

PEDRO. ¡Eh! Cocinero:
mucho cuidado con ésta,
que ésta es una moza crua.

PIERRE. Pues la guiso si se deja.

ANT. Señores: una noticia
interesante. Esta ausencia
durará mucho. Yo estoy
en el secreto.

PEDRO. A ver, cuenta,
que nos interesa á todos.

PIERRE. Sí; que cuente lo que sepa.

ANT. No se marchan los señores
porque la moda les lleva
á viajar, ni por el gusto
de ver París ó Ginebra.
Se van huyendo.

PIERRE. ¿De quién?

PEPA. ¿Cómo huyendo?

PEDRO. ¿Quién creyera?

ANT. El Vizconde, nuestro amo,
estaba lleno de deudas
porque sostenía un pleito
muy ruinoso, hace ya fecha,
con un rico mejicano,
un don León, una fiera,
un salvaje de las Pampas.
Se trataba de una herencia
de diez ó doce millones
de pesos.

PEPA. ¡Una friolera!

ANT. El Vizconde ganó el pleito,
y conocida la nueva
por el mejicano, puso
á mi señor cuatro letras
que decían: «Enterado.
Hoy me embarco en el *América*.
Llevo el rifle; desde aquí

apunto ya á las cabezas
de usted y del juez imbécil
que ha dictado la sentencia.»
Mi señor, que no es un Cid,
hizo al punto las maletas,
y con su esposa y su hija
escapó.

PEDRO. Pues, que no vuelva
en un año.

ANT. Dios te oiga.
Pero, ¿y Jhon?

PEDRO. En la cochera
encerrando. Es un inglés
con mucha prosopopeya,
y tardará.

PEPA. Pues si tarda
se queda bajo la mesa.

ESCENA IV

DICHOS y JHON con el chaleco de rayas y el traje que usan los cocheros cuando no visten de librea.

JHON. Good night.

ANT. Ya está Jhon aquí,
ya está el cónclave completo.

PIERRE. ¿Hay mucho apetito?

JHON. Yes.

ANT. ¿A que vienes tú dispuesto
á beberte una docena
de botellas por lo menos?

JHON. Yes.

PEPA. ¡Ay! ¡Qué desaborío
te parió tu madre, engendro!

JHON. Yes.

PEPA. Yes. Este nunca sale
del yes.

PEDRO. Déjame al cochero.

PEPA. Pero ¿qué haces tú, francés?
Anda á avivar ese fuego,
y á darle la última mano
á la cena.

PIERRE. Voy corriendo.
ANT. Antes dinos lo que vamos
á comer. A ver qué has hecho,
y si es digno de nosotros
el menú.
PEPA. Bueno es saberlo.
PIERRE. ¡Oh, señores! Yo quisiera
en este felíz momento,
en este *jour de bonheur,*
en este instante supremo,
haber inventado un plato
digno de mis compañeros.
Por mi gusto yo empezara
con una sopa, modelo
de sopas, con macarrones,
hígado de pollo, puerros,
apio, zanahoria, col,
manteca, nabos y queso.
Es la sopa *camerani*,
é desde la sopa al cielo.
Yo os diera después un plato
de trufas, el embeleso
de los dioses, la divina
trufa que no tiene precio.
Bien limpia, bien preparada
con el vino de Burdeos
y con cebolla y laurel,
servida después en seco
sobre blanca servilleta...
é desde la trufa al cielo.
Después unos salmonetes
cocidos á fuego lento
en un consommé, con vino
de Champagne, trozos pequeños
de jamón, y sazonado
con abundancia y sin miedo
con nuez moscada, pimienta,
clavo, mostaza... y derechos
desde el salmonete...
ANT. Sí;
al hospital.
PEPA. Buen provecho.

¡Cuánta porquería!

JHON. ¡Oh! Yes.

PEPA. Cállese usted, chapucero,
que me levanta el estómago.
¡Ay! ¡Qué asco! Ya siento un peso...

PIERRE. ¡Oh, señores! No han podido
realizarse mis deseos.
La portera...

PEPA. Aquí entro yo.

PIERRE. La portera, por quien tengo
una gran debilidad,
porque en esos ojos bellos
Dios la puso dos cocinas
economicas...

PEPA. Lo menos.

PIERRE. La portera ayer me dijo,
tratándome como á un negro,
que no subía á cenar
abandonando su puesto,
si no la doy sopas de ajo,
escabeche con pimientos,
bacalao con tomate,
gazpacho y pisto manchego.
É por amor de sus ojos,
yo, señores, yo lo he hecho;
é por su amor, deshonrado
estoy como cocinero.

PEPA. Vamos; basta ya de charla.

PEDRO. Tú vas á dir al Congreso.

ANT. Anda á prepararlo todo,
y vamos tomando asiento.
(Campanilla dentro.)

PIERRE. ¡La campanilla!

PEPA. Han llamado.

ANT. ¡Á estas horas! No comprendo
quién pueda ser.

PEDRO. ¿Voy á abrir?

ANT. Sí; pero mira primero.
(Vase Pedro por el fondo.)

ESCENA V

DICHOS menos PEDRO

PIERRE. ¿Si serán los señoritos?
ANT. Los señores ya están lejos.
PEPA. La verdad es, que he hecho mal
en subir, y que no quiero...
JHON. É mí non querer tampoco.
ANT. Vamos; ya ha roto el silencio
éste por fin. No achicarse,
señores, que aquí no hay riesgo.

ESCENA VI

DICHOS y PEDRO por el fondo, con un papel.

ANT. ¿Quién llama, Pedro?
PEDRO. Es un parte
para monsieur Pierre.
PIERRE. ¡Qué es esto!
¿Para mí? ¿De quién será?
¡Ça m'etonne! Vamos á verlo.
(Abre y lee.)
«Preparen habitaciones
»mejores, piso primero.
»Dos salones, tres alcobas,
»tocador. No importa precio.
»Llegaremos nueve noche.
»Pancha Díaz.» No comprendo...
¡Para mí!
ANT. Parece un parte
á un hotel.
PIERRE. Debe ser eso.
ANT. Mas, ya caigo. ¿Á ver el sobre?
«Pierre Laborde.» Es claro. El dueño
de la casa establecida
en el segundo y tercero
hasta hace un mes.
PEPA. Es verdad;
la casa para viajeros

de Ultramar.

PEDRO. Que mi señor,
como andaban mal los tiempos,
en la suya toleraba,
porque le daban dinero
de largo.

ANT. Aquí se albergaban
siempre los más opulentos
americanos.

PEPA. ¡Qué gente
tan rica, esos habaneros!

PIERRE. ¡É qué grandes capitales
los mejicanos!

ANT. Son Cresos.

JHON. ¡Oh! ¡Yes, money, very much!

PEPA. Ya se anima este mostrenco.

ANT. «Pancha Díaz.» Suena bien
el nombre.

PIERRE. Suena á dinero.

JHON. ¡Oh! Yes, money, very much.

PEPA. Vamos; calle usté, adefesio.

ANT. ¡Qué gente! Son más que príncipes.
¡Qué generosos! ¡Qué espléndidos!
«Preparen habitaciones
mejores, á cualquier precio »

PEDRO. El mozu de arriba, que era
un ladrón, los saca el tuétano
y las entrañas.

ANT. Pues digo...
lo menos veinte mil pesos.

JHON. ¡My god, twenty thousand pounds!
¡My God!

PEPA. ¡Dios mio! ¡Que perro!
¡Siempre ladrando!

PIERRE. ¡Vingt mille
pieces de cinq francs!

ANT. ¡Cielos!
Monsieur Pierre, ¡veinte mil duros!

PIERRE. ¡Oh! ¡Quién pudiera tenerlos!

ANT. ¿Quién pudiera?.. Pero si...
esperarse.

PIERRE. ¿Qué?

ANT. Un momento...
PEPA. ¿Qué pasa?
ANT. Dejad que piense.
Es una idea, un proyecto...
Justo... ¡eso es!
PEPA. ¡Se ha vuelto loco!
ANT. Señores...
PEDRO. ¿Pero qué es ello?
ANT. Señores, ¿quieren ustedes
ganarse veinte mil pesos?
JHON. ¡Hurrah!
PEDRO. Vengan.
PEPA. ¡No que no!
ANT. En las manos los tenemos.
PIERRE. ¿Cómo en las manos?
ANT. Esta es
la casa para viajeros
de Ultramar.
PIERRE. ¡Qué buena idea!
ANT. Los recibimos atentos
y corteses. Aquí tienen
un hospedaje soberbio,
aquí hallarán un confort
igual que en el extranjero,
y al marcharse les sacamos
los hígados.
PIERRE. ¡Oh! ¡Qué talento
de hombre!
PEDRO. ¿Por partes
iguales?
PIERRE. Sí.
ANT. Lo primero
es atar muy bien los cabos
para no dar un tropiezo.
Mi amo no tiene parientes
que puedan venir á vernos
En esta época del año
sus conocidos, huyendo
del calor, están viajando
todos; á más, no tenemos
vecinos...
PEPA. Están vacíos

el segundo y el tercero.

PIERRE. ¡Bravo! E la portera es nuestra.

ANT. Estamos como queremos.

JHON. All right.

ANT. Todo está corriente
y preparado y dispuesto.
Limpios los salones, hechas
las camas con rico lienzo
de Holanda; y la mesa puesta
en el comedor pequeño.
Buena vajilla, mantel
adamascado... ¡Ah! ¡Qué veo!
¡Qué coincidencia! Mirad
las cifras.

PIERRE. Á ver.

ANT. Ni hecho
de encargo.

PEDRO. ¿Qué?

ANT. V. U.

PEPA. Bu.

ANT. ¡Calla!

PEDRO. Pues ya lo sabemos.
V. U. Vizconde de Uriarte.

ANT. No señor: V. U. Viajeros
de Ultramar.

PEDRO. ¡Toma! Es verdad.
¡Pues si parece exprofeso!

PEPA. ¿Son mucho veinte mil duros?
monsieur Pierre.

PIERRE. Muchos.

PEPA. En perros,
¿cuánto?

PIERRE. ¡En perros!

PEPA. Esa es la
moneda que yo manejo.

PIERRE. Pues, mira, yo te doy veinte
mil duros en perros.

PEPA. Bueno.

PIERRE. Tú los vas poniendo en fila
muy apretados, y luégo
los vas haciendo ladrar
uno por uno.

PEPA. Comprendo.
PIERRE. Tú vives doscientos años...
PEPA. Dios lo quiera.
PIERRE. Tú te has muerto
é no han acabado aún
de ladrar. Ni más ni menos.
PEDRO. ¿Y cuándo vienen?
ANT. No sé.
PIERRE. Por el parte lo veremos.
ANT. Como siempre, retrasado.
Por poco si llegan ellos
antes que el parte. Es preciso
arreglar algo. No hay tiempo
que perder.
PIERRE. ¡Antonio!... ¡Un ómnibus!
ANT. Ellos son. Baja corriendo
no se vayan. Trátalos
con muchísimo respeto.
(Vase Pedro por el fondo.)

ESCENA VII

DICHOS, menos PEDRO

ANT. La fortuna está á la puerta
de la casa, compañeros.
PIERRE. ¡Oh! ¡Quel affaire!
PEPA. ¡Cuánta guita!
JHON. God save the queen.
ANT. Silencio.
Dejadme sólo. Yo aquí
los recibo. Soy el dueño
del hotel. Venid después
para celebrar consejo.
(Vanse por el fondo Pierre, Jhon y Pepa.)
Por supuesto, somos todos
unos pillos. ¡Qué remedio!
Por supuesto: si yo saco
treinta ó cuarenta, me quedo
con treinta y cinco y les doy
una propinilla á éstos;

porque por partes iguales,
lo que es eso, por supuesto.

ESCENA VIII

ANTONIO, PANCHA, LAURA, CHICHITO y PEDRO
por el fondo. Trajes claros y de verano.

PANCHA. Felices. (Acento cubano.)
LAURA. Muy buenas noches.
ANT. Por aquí... adelante... Pedro...
con muchísimo cuidado,
pon esas maletas dentro.
Que suban pronto los mozos
los baules.
PEDRO. Al momento. (Sale.)
LAURA. ¿Vous etés monsieur Pierre Laborde?
ANT. Sí señora; yo soy Pedro.
LAURA. Pierre.
ANT. (¡Ah! Que soy francés.)
Sí señora, el mismo; y tengo
(Con acento francés.)
un gran honor en ponerme
á sus órdenes. Dispuesto
está todo. Aquí hallarán
el servicio y el esmero
de los mejores hoteles
del continente europeo.
LAURA. Mamá, ¡qué cansada estoy!
casi tenerme no puedo.
PANCHA. Yo estoy cansá, reventá,
y aplaná. ¡Ay! ¡Qué mareo
de tren! Tengo chiribitas
en los ojos, y estoy viendo
pasar delante de mí
aún los palos del telégrafo.
Y tú, Chichito, hijo mío,
niño, ¿estás también molesto?
CHICH. ¿Y cómo no?
PANCHA. ¡Pobre niño!
CHICH. No hemos encontrado asiento

en el Sleeping, estrecha
la berlina, metro y medio
yo de piernas, he venido
en tres dobleces, y tengo
partidas las choquezuelas,
y los riñones deshechos.

ANT. Pueden descansar, lavarse,
tomar algún alimento
después. Aquí, la señora
tiene preparado el lecho,
(Señala á la primera de la derecha.)
su chambre ó coucher; es un cuarto
precioso, un invernadero
con vistas al Mediodía.
Este segundo aposento
(Segunda de la derecha.)
es para la señorita:
un boudoir color de cielo
capitonné; dos balcones
y un gran mirador en medio
con vistas al Mediodía.
Aquí tiene el caballero
su cuarto, que es una estufa
(Primera de la izquierda.)
donde no se enciende fuego...
con vistas al Mediodía.
Esta casa es un modelo
de viviendas. Siempre aquí
tenemos un sol espléndido
en primavera, en verano,
en otoño y en invierno.

LAURA. ¡Miren qué casa! ¿Y también
cuando está nublado?

ANT. Eso,
señorita...

PANCHA. Está la mesa
ya preparada. Me alegro.
Hoy no he comido, y estoy
ya del desfallecimiento
debilitá, desganá
y desmejorá. Lucero,
Laurita, ¿y tú, hija mía,

niña?

LAURA. Pues yo tengo hueco
el estómago. Con gusto
tomaría un dulce, queso
de almendra, una chirimoya,
plátanos fritos con huevo,
ó un poco de chocolate
crudo que me arregle el cuerpo.

ANT. Por supuesto, ¿comerán
solos aquí?

CHICH. No por cierto.
Nosotros somos sociables.
Comiendo solos, comemos
poco, monsieur Pierre. Nosotros.
hablamos poco. Por eso
queremos mesa redonda;
que aunque nosotros no hablemos,
como hablan siempre, ya unos,
ó ya los otros, oyendo
lo que los unos murmuran
de los otros, muy contentos
nosotros, con unos y otros,
pasamos mejor el tiempo.

ANT. ¡Ah! Pues no hay inconveniente,
señores. Allí tenemos
el comedor grande, y éste,
que es el comedor pequeño.
Allí se sienta á la mesa
los de poco más ó menos,
el vulgo, y aquí muy pocos,
porque es este un privilegio.
Aquí comerán ustedes
con dos ó tres extranjeros
de distinción.

PANCHA. Vamos, niña.

CHICH. Adiós, niñas.

LAURA. Hasta luégo,
niño.

CHICH. ¿Mi cuarto?

ANT. Está aquí,
don Chichito.

CHICH. Voy corriendo.

(Vanse: Pancha, por la primera de la derecha; Láura por la segunda de la derecha, y Chichito por la primera de la izquierda.)

ESCENA IX

ANTONIO, PIERRE, PEPA, JHON y PEDRO

ANT. Todo va perfectamente.
Pierre... Pepa... Venid... con tiento...
sin hacer ruído. (Entran por el fondo.)
PIERRE. ¿Qué tal?
ANT. Un magnífico terceto.
Tres cubanos indolentes
que á voces están pidiendo
tres puntales cada uno
para tenerse derechos.
Los pobrecitos aquí
cayéndose medio muertos,
sin tener un buen sillón
de ancho y de cómodo asiento.
Jhon: todas las mecedoras
que hay en la casa, corriendo
aquí. Ayudadle vosotros.
(Vanse. Jhon y Pedro por el fondo. Pierre por la segunda de la izquierda.)
PEPA. ¿Y qué familia es?
ANT. No sé.
PEPA. ¿Qué clase de parentesco?
ANT. No sé.
PEPA. ¿Son padres, son hijos,
son hermanos?
ANT. Desde luego
no son padres, porque son
todos niños.
PEPA. ¿Son pequeños?
ANT. Son grandes; pero son niños.
¿Qué quieres tú? Cosas de ellos.
PEPA. ¿Y de dinero?
ANT. Eso sí;
huelen todos á dinero.
Esta es gente poderosa

que no puede con el peso
de las onzas, y nos mira
á todos con gran desprecio.

PEPA. ¿Son guapas?

ANT. Son hermosísimas.
La niña mayor, un cielo,
la niña pequeña un sol
con un cuerpo tan esbelto...
y el niño... el niño es un zángano,
hija, que da gusto verlo.

(Entran Pedro, Pierre y Jhon, cada uno con una mecedora.)

PIERRE. Aquí están las mecedoras.

JHON. All right.

PEDRO. Tres para tres.

ANT. Bueno.
Ahora es preciso tratar
un asunto grave y serio,
una gran complicación;
á ver lo que resolvemos.
Estos prefieren la mesa
redonda.

PIERRE. Eh bien...

ANT. ¿Dónde encuentro
huéspedes?

PIERRE. Eso es bien fácil;
eso está pronto resuelto.
Yo soy un huésped; Jhon, otro.

PEPA. Y otra yo.

ANT. Sí; con pañuelo
á la cabeza.

PEPA. Me pongo
mi traje de seda nuevo.

PEDRO. Y yo también.

ANT. Tú no, hombre,
tú sirves.

PEDRO. ¡Vaya un empleo!

ANT. El que tienes. Ya te han visto
de lacayo, majadero.
Son tres más y tú no comes.
Hay que añadir dos cubiertos.
(Pedro añade dos cubiertos.)

PIERRE. Para estar más en carácter,
nos hacía falta un negro
para servir á la mesa.
PEPA. Es verdad.
ANT. Pues, toma, Pedro.
Le pintamos con hollín.
PEDRO. ¿Pintarme á mí? ¡Por supuesto!
Eso nunca.
ANT. Hombre, por Dios...
Te aumentaremos el sueldo.
Vas á ser rico. Anda, prueba,
habla; dí con un acento
muy dulce: «nego, neguito,
café... mulato... amo bueno.»
PIERRE. Prueba, hombre.
PEDRO. (En gallego cerrado.) Neguitu, amu,
café, mulatu, murenu...
PIERRE. No; para negro no sirve.
ANT. Nos quedaremos sin negro.
PIERRE. ¡Ah! ¡Sapristi!
ANT. ¿Qué?
PIERRE. ¡Ah mon Dieu
de la France!
PEDRO Pero ¿qué es eso?
PIERRE. Una gran dificultad
invencible.
ANT. No la veo.
PIERRE. ¡La comida!... ¡La portera!...
Darles yo pisto manchego
é sopas de ajo!
ANT. Es verdad.
PEPA. Pues se chuparán los dedos.
JHON. *Very bad.*
PIERRE. Se van mañana.
¡Ah! Si yo tuviese tiempo
de hacer algo...
JHON. Yes; rosbif.
PIERRE. ¡Qué rosbif! Algo ligero.
Espárragos á la crema,
una coliflor con queso,
zanahorias con azúcar,
patos con naranjas, berros

á la broche... ¡Qué deshonneur!
¡Ah! ¿Qué dirán mis abuelos?
(Vase por el fondo.)

PEPA. ¡Anda con Dios! Se ha empeñado
este hombre en que reventemos.

ANT. Andad... á vestirse... pronto.
Tú á la antesala, á tu puesto.
(Vanse Pepa, Jhon y Pedro.)
Y yo á ponerme de frac,
el frac que me sienta al pelo.
¡Cómo me sirven ahora
todos los viajes que he hecho
con mi señor el Vizconde
en sus días de soltero!
Yo presido la comida
de etiqueta, como dueño
de la casa, esto es lo *pschut*,
lo *chic* en el extranjero.
(Vase por el fondo.)

ESCENA X

PANCHA, LAURA y CHICHITO. Salen cada uno de su cuarto.

LAURA. ¡Ay, mamá! ¡Una mecedora!

PANCHA. ¿Una mecedora? Tres.

CHICH. Aquí estoy yo.

PANCHA. Esto es
lo que nos faltaba ahora.
(Se sientan cada uno en su mecedora y se columpian.)

LAURA. ¡Ay, qué bien! ¡Qué descansada
después del maldito tren!
Me produce este vaivén
la ilusión de ir embarcada.

CHICH. Ir en el tren me encocora.
¡Ay, qué bien se pasa el charco
en un barco!

LAURA. Es porque el barco
parece una mecedora.

PANCHA. Así somos, hijos míos,

cariñosos, indolentes.
¡Qué rígidas estas gentes
de Europa, estos pueblos fríos!
No comprende el extranjero
esta divina pereza.
Están hechos de una pieza
con el corazón de acero.
Gente para el trato, huraña,
para querer, impasibles.
Nosotros somos flexibles
y dulces como la caña.
Aquel sol abrasador
lo que es nuestra alma retrata,
el corazón se dilata
á una palabra de amor,
y la sensible habanera
que en casa se está meciendo
á solas, está diciendo: (Meciéndose.)
¿dónde hay... uno... que me... quiera?
Y siempre alguien oportuno
contesta.

LAURA. Pues yo me mezo
y de fastidio bostezo
porque no llega ninguno.
Y á San Antonio le invoco
sin que remedie mis daños,
y llevo veintidós años
de mecerme, que no es poco.
Pretendientes... eso sí.
Harta y cansada me tienen;
pero sospecho que vienen
por mi plata y no por mí.
Y á todos mando á paseo
aunque se enojan conmigo;
y columpiándome, digo: (Meciéndose.)
eres... turco... y no... te creo.

PANCHA. Y tú, ¿qué dices?

LAURA. Mamá,
no le preguntes. Chichito
está triste.

CHICH. ¡Pobrecito
Chichito, qué triste está!

PANCHA. ¿Es que estás enamorado?
CHICH. Sí, mamá; como un salvaje.
LAURA. De aquella que vió en el viaje
á Europa el año pasado.
CHICH. De sus encantos cautivo
quedé; y herido y enfermo,
desde entonces ya no duermo,
ni como, ni ando, ni vivo.
LAURA. ¡Jesús! ¡Qué amor tan ardiente!
CHICH. Por ella he cruzado el mar;
por ella he de visitar
los pueblos del continente.
París, Londres, Berna, Niza...
Por hallarla subiré
al pico más alto de
las montañas de Suíza.
PANCHA. ¿Al pico más alto?
CHICH. Sí;
aunque eso inútil será.
En el pico no estará,
porque ¿qué ha de hacer allí?
LAURA. Tu familia te acompaña;
iremos tras tí viajando.
Yo también vengo buscando
mi media naranja á España.
Aunque fríos y flemáticos
y con otros mil defectos,
por lo limpios y correctos...
me encantan los diplomáticos.
Con un noble con corona
condal, me verás casada.
Un attaché de embajada,
y attaché de mi persona.
PANCHA. Pues buscaremos doquiera
ese attaché.
LAURA. Sí; un francés.
PANCHA. Cásate. Casarse es
el fin de nuestra carrera.
Hoy, viuda, comprendo ahora
que se halla mejor reposo
en los brazos de un esposo
que en los de una mecedora. (Pausa breve.)

CHICH. ¡Qué frío hace!
PANCHA. De seguro
yo aquí en invierno me muero.
LAURA. Treinta grados sobre cero
á lo más.
CHICH. Hielito puro.
(Pancha deja caer el pañuelo; hace un esfuerzo para cogerlo, y no puede.)
PANCHA. Niña, mira, dáme acá.
Se me ha caído el pañuelo,
No puedo llegar al suelo,
porque estoy aniquilá.
LAURA. (Hace un esfuerzo para incorporarse.)
El pañuelo... Se cayó...
Levantarme necesito...
Coge el pañuelo, Chichito,
porque estoy muy floja yo.
CHICH. (Haciendo un movimiento para levantarse.)
El pañuelo... está en el suelo...
¡Ay! Yo estoy flojo también.
Muchacho... muchacho... ven...
á coger este pañuelo.
LAURA. ¿Sabes qué pienso? Ojeriza
no me tengas.
CHICH. Que se sepa.
LAURA. Que tú no eres el que trepa
á los montes de Suíza.

ESCENA XI

DICHOS y ANTONIO por el fondo, de frac.

ANT. ¿Han llamado? (Sin acento francés.)
LAURA. ¡Calla! ¡Si es
monsieur Pierre!
PANCHA. ¿Me quiere dar
ese pañuelo?
LAURA. ¿El mouchoir?
ANT. (Es verdad, que soy francés.)
PANCHA. Gracias.
ANT. No hay de qué, señora.
(Con acento francés.)

Yo estoy por servirla aquí.

LAURA. ¿Está la comida?

ANT. Sí.
Vienen á servirla ahora.
(Suena dentro una campana.)
El toque. (Ha tenido aquel
muy buenas ideas hoy.
Si me parece que estoy
de verdad en un hotel.)

CHICH. ¿No hay huéspedes?

ANT. Al salón
ahora vendrán los demás.
Son dos ó tres nada más;
pero de gran posición.

ESCENA XII

DICHOS, ANTONIO, JHON, PIERRE y PEPA con traje negro y un lazo ridículo en la cabeza. Jhon de levita, Pierre de frac, con un monoclo y vna placa.

PEPA. Mu güenas noches.

ANT. (¡Dios mío!)

PEPA. Don Pedro y la compañía,
¿qué tal?

PANCHA. (¡Qué facha, hija mía!)

ANT. ¡Calla, animal! (Bajo.)

PEPA. ¡Ay, qué tío!
¿Pues qué he hecho yo?

ANT. ¿Callarás?...
Lo vas á echar á perder.

PEPA. Y si me hablan ¿qué he de hacer?

ANT. Decir «sí, no,» y nada más

CHICH. (¡Buena mujer, pero buena!)
de muchas libras.)

PIERRE. (Entrando.) Bon soir.

JHON. Good night. (Entrando.)

ANT. (Bajo.) ¿Pudiste guisar?

PIERRE. Rien de tout. ¡Mon Dieu, qué cena!

LAURA. Monsieur Pierre...

ANT. ¿Qué manda osté?

LAURA. ¿Quién es aquel extranjero? (Por Pierre.)

ANT. ¿Cuál?

LAURA. El que ha entrado primero.

ANT. Un attaché.

LAURA. ¡Un attaché!

(Sorprendida agradablemente.)

PIERRE. (¡Niña mía, qué sorpresa!)

Preséntemelo. (Á Antonio.)

ANT. Muy bien. (Llama á Pierre.)

Monsieur Brillat Savarin (Le presenta.)

de la embajada francesa.

Doña Pancha Díaz.

PIERRE. ¡Ah!

Madame...

PANCHA. Mi hija.

PIERRE. Señorita...

¡Oh! ¡Qué niña tan bonita!

LAURA. (Es un attachè, mamá.)

CHICH. (Entre Jhon y Pepa. Á Pepa.)

¿Usté es, señora, de aquí?

PEPA. Sí.

CHICH. ¡Qué país peregrino!

PEPA. Sí.

CHICH. ¡Qué cielo tan divino!

PEPA. Sí.

CHICH. ¡Qué hermoso Madrid!

PEPA. Sí.

CHICH. ¿Usted, caballero, inglés? (Á Jhon.)

JHON. Yes.

CHICH. ¡Qué magnífica tierra!

JHON. Yes.

CHICH. Me enamora Inglaterra.

JHON. Yes.

CHICH. ¡Qué grande Londres!

JHON. Yes.

CHICH. (Á Pepa.)

¿A usted la gusta viajar?

PEPA. Sí.

CHICH. ¿Cuando llega el estío?

PEPA. Sí.

CHICH. (¡Qué dos tipos, Dios mío!

¡Me canso de preguntar!)

(Laura, Pancha, Pierre y Antonio en otro grupo.)

LAURA. ¡Oh! La tengo mucho amor.
A mí Francia me enamora.
PIERRE. Es nuestra Francia, señora,
un país encantador.
Es un pueblo sin igual
que adelanta, que progresa...
é la cocina francesa...
¡esa no tiene rival!
PANCHA. Nosotros tres, desde aquí,
vamos á la exposición.
PIERRE. De todos admiración
es la torre Eiffel.
LAURA. ¡Oh! Sí.
PIERRE. El mundo ante ella se inclina.
Por supuesto, subirán.
Hay allí un gran restaurant
con una buena cocina.
LAURA. Londres en cambio...
PIERRE. Tinieblas
con aquel brouillard del río...
PANCHA. Á mí me da escalofrío
los ingleses y las nieblas.
PIERRE. Es gente que rica está
y de trabajar no cesa;
pero la cocina inglesa
es cocina muy bourgeois.
No es cocina de las finas
la cocina de Inglaterra.
PANCHA. (Para este señor la tierra
se compone de cocinas.)
PIERRE. ¡Oh! Ya habrá observado osté,
—en esto todos convienen,
todos,—los ingleses tienen
sólo buenas carnes.
LAURA. ¿Qué?
PANCHA. Serán las inglesas.
PIERRE. Mal
come el ciudadano inglés.
Las patatas, esa es
la comida nacional.
Siempre las sirven enteras,
y sus aliños dan risa.

¡La patata que se guisa (Con entusiasmo.)
de sesenta y tres maneras!
Con crema, á la parisién,
mâitre hotel, con cornichón...
patata en ebullición...

ANT. Pero ¡monsieur Savarín! ..

LAURA. ¡Ay! ¡Cómo comen, mamá,
los diplomáticos.

PANCHA. Sí;
no hacen otra cosa.

ANT. Aquí
tenemos la sopa ya.

ESCENA XIII

DICHOS y PEDRO con la sopa.

ANT. Señoras...

PANCHA. Vamos.

ANT. Señor...

CHICH. Tengo muchísima gana.

PIERRE. (¡Yo al lado de esta cubana,
que es un chico encantador!)
(Se sientan por el orden siguiente, de derecha á izquierda: Antonio, Jhon, Pepa, Chichito, Pancha, Laura y Pierre.)

PEDRO. (¡Eso es! Vosotros comiendo,
y yo...) (Bajo á Antonio.)

ANT. (Bajo.) (Calla. Ve sirviendo.
Empieza por las señoras.)

LAURA. Sírvete tú la primera.

PANCHA. ¿Qué sopa es esta? (Se sirve.)

LAURA. No sé.

PIERRE. (¡Las sopas de ajo, mon Dieu!
¡Ah! ¡La maldita portera!...)

LAURA. (Á Antonio sirviéndose.)
¿Qué sopa es esta?

ANT. Esta es...
Ahora no recuerdo el nombre.

PIERRE. Á ver... si... potaje d'ail.

ANT. (¡Hombre!
¡Qué bien suena esto en francés!)

(Chichito se sirve.)

PIERRE. Es una sopa famosa,
á la que ninguna iguala.

CHICH. Esta sopa está muy mala.

LAURA. Está sosa.

PIERRE. ¿Cómo sosa!
(Se agita inquieto en la silla.)

LAURA. Está muy sosa.

PIERRE. (Eso no.
Es una sopa vulgar;
mas sosa no puede estar,
porque doy el punto yo;
yo soy un gran cocinero.)

LAURA. ¡Si no se puede comer!

PIERRE. A ver, señorita, á ver...
un momento.
(Coge una cucharada y prueba del plato de Láura.)

LAURA. ¡Caballero!
(Vuelve á probar.)

PANCHA. (¡Qué hombre tan inconveniente!)

PIERRE. (Paladeando.)
Si... no está del todo mal.
Con un poquito de sal...
(Echa sal, mueve la sopa y la prueba.)
Ahora está perfectamente.

LAURA. (¡Ave María Purísima!)

PIERRE. Se puede comer ahora.
¿A ver la de usted, señora?

PANCHA. No; la mía está riquísima.

CHICH. ¡Si es una sopa de pan!

ANT. (¡Pues vaya un descubrimiento!)

PIERRE. (Á Pedro, bajo.)
Trae otro plato al momento.
Corre. (Mañana se van
¡y todo por la portera!)

ANT. (¡Ay, Dios mío, qué trabajo!)

PEPA. La verdad que sopas de ajo
las hace mejor cualquiera.
(Entra Pedro con otro plato.)

PIERRE. ¿Qué traes ahí? (Bajo.)

PEDRO. La ensalada.

PIERRE. Eso se trae al final

con el asado, ¡animal!
¡Torpe! Si no sabes nada.

PEDRO. ¡Que no me faltes á mí,
que te meto en la cabeza
el cacharro! (Amenazándole.)

ANT. Pedro, empieza
á servir. ¿Qué haces ahí?

PEDRO. Si no fuera por...

ANT. Callad.

PEDRO. ¿A que le suelto un descaro?

LAURA. ¡Mira! ¡Ahora ensalada!
(Se sirven Láura, Pancha y Chichito.)

PIERRE. (¡Claro!
¡Si es una barbaridad!)

ANT. (¡Estoy dado á Belcebú!)

LAURA. (Mamá... este hombre... ¡qué nervioso!)

CHICH. Esto está muy soso.

PIERRE. (Desesperado.) ¡Soso!

ANT. (¡Tú si que estás soso, tú!)

CHICH. Está mal aderezado,
y está muy poco sabroso.

LAURA. (Ese dice que está soso
porque no le tiene al lado.)

CHICH. Veré si lo pongo bien
vertiendo medio salero.
Tiene usted un cocinero
muy mediano.

PIERRE. (¡Ah, galopín!)

ANT. Le creí de los mejores;
pero á echarle estoy dispuesto.

PIERRE. (¡Yo no puedo sufrir esto!)
Muy buenas noches señores.
(Vaso por al fondo.)

PEPA. La verdad que esta ensalada
no está mal aderezada
aunque usted lo diga.

ANT. (Bajo.) ¡Pepa!...

PEPA. ¡Poco delicado es!
¡Lástima de rejalgar! (Bajo.)

ANT. Pero, ¿te quieres callar?

PEPA. ¿Verdad que está bueno? (Á Jhon.)

JHON. Yes.

PEPA. Este caldillo, sorbido,
sabe á gloria, francamente
(Jhon y Pepa empinan los platos y sorben el caldo.)

PANCHA. Hija, vámonos. (Levantándose.)

LAURA. ¡Qué gente!

ANT. ¿Qué es esto? ¡Si no han comido!

PANCHA. Con el cansancio del tren
se ha perdido el apetito.
¿Tú no te acuestas, Chichito?

CHICH. Voy á acostarme también.
(Se levantan Laura y Chichito.)

PANCHA. (Abrazando á sus hijos.)
Que durmáis muy bien los dos.
¿Aquélla es mi estancia?

ANT. Aquélla.

PANCHA. Mándeme usté una doncella
para despeinarme.

ANT. (¡Ay, Dios!...
¡Esto se vuelve á enredar!)

LAURA. ¿Aquél es mi cuarto? (Á Antonio.)

ANT. Sí.

LAURA. Mándeme usted otra á mí,
que me ayude á desnudar.
(Vanse Pancha por la primera de la derecha, y Láura por la segunda de la derecha.)

ANT. (Pues como no tome un coche
y salga á escape por ellas,
¡vaya usté á hallar dos doncellas
á las once de la noche!)

CHICH. Monsieur Pierre...

ANT. ¿Manda el señor?...

CHICH. Que me despierten temprano.

ANT. (Pensé que este ciudadano
me pedía otra.)

CHICH. (En rigor,
temprano... hace frío aquí.
Me ha cansado tanto el tren...)
Que me llamen tarde.

ANT. Bien.

CHICH. (Pero si me encanta á mí
madrugar... Madrugaré,

que ya estamos en verano.)
Sí; que me llamen temprano.

ANT. Bueno; como mande usté.

CHICH. (Pero por hacer alarde
de fuerte... Al fin es un día
de viaje... ¡Qué tontería!)
Oiga: que me llamen tarde.
Á las doce... no; á las dos.
Á las dos es tarde ya.
A la una... Mejor será
que no me llamen. Adiós.
(Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA XIV

ANTONIO, PEPA y JHON; después PEDRO

ANT. ¡Ahí estás tan descansada!
¡Y tú, Jhon! ¡Y en este lío
metidos!... Ahora, Dios mío,
¿dónde hallar una criada?
(Se levantan Jhon y Pepa.)

PEPA. Pues no es tan grande el belén
para apurarse.

ANT. ¿Qué no?

PEPA. Tengo una sobrina yo
que puede servir muy bien.
Está en casa.

ANT. Baja ya,
y súbeme esa chiquilla. (Campanilla dentro.)
¿Qué es eso?

PEPA. La campanilla.

ANT. ¡A estas horas! ¿Quién será?
No sé por qué me da frío
ese toque.

PEPA. A veriré... (Entra Pedro despavorido.)

PEDRO. ¡Antonio!... ¡Jhon!... ¡Pepa!...

ANT. ¿Qué?

PEDRO. ¡Los señoritos!

LOS TRES. (Cayendo cada uno en una mecedora.)
¡Dios mío! (Telón rápido.)

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Los mismos muebles menos la mesa de comer. Quedan en escena las tres mecedoras, platos, copas en una bandeja, el mantel y las tablas de la mesa.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, JHON, PIERRE, PEPA y PEDRO cargados con platos, botellas y mantel. Momentos de confusión. Óyese dentro constantemente la campanilla.

ANT. (Saliendo por el foro de la derecha. Se ha quitado el frac y viste de americana.)
De prisa, por Dios, de prisa.
Tú, llévate ese servicio (Á Pedro.)
de copas; tú, Jhon, los platos;
tú el mantel. (Á Pepa.)

PEPA. ¡Qué laberinto!

ANT. (Á Pierre.) Tú las tablas de la mesa.
Volved en seguida... listos.
(Vanse por el foro Pepa, Jhon, Pedro y Pierre. Sigue tocando la campanilla.)
¡Ay! ¡En qué berengenal
tan horrible me he metido!
¿Qué habrá pasado? ¿Por qué
volverán los señoritos?
Si entraran... Si se marcharan

en seguida... Si un olvido
cualquiera fuese la causa
de vuelta tan de improviso...
(Salen por el foro otra vez Pepa, Jhon, Pierre y Pedro. Sigue tocando la campanilla.)

PIERRE. ¿Qué hay que hacer?

ANT. Las mecedoras
pronto, corriendo, á su sitio;
y aquí otra vez.
(Vanse Pierre, Jhon y Pedro con las tres mecedoras: el primero por la segunda de la izquierda; los otros dos por el fondo.)

PEPA. ¡Ay, Antonio!

ANT. ¡Ay, Pepa! ¡Estamos perdidos!

PEPA. (Siguen tocando la campanilla.)
¡Y ellos llama que te llama!

ANT. ¡Qué campanilla, Dios mío!
Está loca; y yo estoy loco.

PEPA. Y ellos estarán lo mismo;
cansados ya de esperar,
y hechos unos basiliscos.

PEDRO. Ya está todo como estaba.
(Salen Pedro, Jhon y Pierre por donde han entrado: los dos primeros con una butaca cada uno, y el último con un velador.)

ANT. ¡Como estaba! ¿Y estos tipos?
Estos tres en las tres camas
de los otros tres... ¡qué lío!
Tú, Pepa; tú, Jhon, huid,
escapad de este peligro.
Por la escalera interior
podéis bajar sin ser vistos.
(Campanilla continuada.)

JHON. ¡Oh! ¡Thank you!

PEPA. Gracias, Antonio.
Corramos.

ANT. Sin hacer ruído.
(Vanse por el foro Pepa y Jhon.)
Monsieur Pierre, á la cocina.
Fuera ya esos atavíos. (Campanilla.)

PIERRE. Me pongo el tablier y el gorro,
y espero junto al hornillo.

(Vase por el foro. Sigue la campanilla.)

ANT. Tú, Pedro, á abrir; yo á esperar
aquí el choque. Sal dormido,
restregándote los ojos
y tropezando, aturdido,
en los muebles.

PEDRO. Voy temblando.
¡Oh, Virgen! ¡Oh, madre! ¡Oh, Cristo!
(Vase Pedro por el foro, y sigue tocando la campanilla.)

ANT. ¡Perder mi puesto! ¡Perder
veinte mil duros y pico
que yo pensaba sacar
á estos tres desaboríos!
(Cesan los campanillazos, y se oyen varias voces dentro de personas que regañan.)
Ya abre Pedro; ya han entrado;
y ya vienen dando gritos.
Si yo pudiera meterme
bajo una silla, Dios mío...

ESCENA II

ANTONIO, EL VIZCONDE, EMILIA, BLANCA
y detrás PEDRO por el foro. Pedro con una maleta.

VIZC. ¡Dos horas en la escalera!

EMILIA. ¡Qué criados! ¡Enemigos
pagados!

PEDRO. Si yo, señora...

EMILIA. Qué bien dijo el que lo dijo.

BLANCA. Y la bendita portera
no está tampoco en su sitio.

ANT. (Con acento francés.)
Como no los esperábamos,
estábamos tan tranquilos
á pierna suelta durmiendo.
Así nos ha sorprendido
la llamada y, está claro,
hemos tardado en vestirnos.

VIZC. ¿Tú con acento francés
hablando? ¿Qué es esto, chico?

ANT. (¡Ay! Que ahora no soy francés.)
¿Yo acento, señor? ¡Un hijo
de Castilla!

VIZC. Estás durmiendo
todavía, por lo visto.

ANT. ¿Y á qué se debe el placer
de que aquí hayamos tenido
el placer de que tan pronto
tengan el placer?... (¡Qué lío
me hago!)

EMILIA. Hemos descarrilado
en el kilómetro cinco.

BLANCA. ¡Qué susto, mamá!

VIZC. Por poco
nos rompemos el bautismo.

ANT. Hemos tenido un placer...

VIZC. ¿Un placer?

ANT. Pudo haber sido
un choque. Les doy á usías
el parabién.

EMILIA. Lo recibo.

ANT. Por fin no se han roto nada.

BLANCA. Nada.

ANT. (No sé si sentirlo
ó alegrarme.)

VIZC. Se asustaron
éstas de un modo inaudito;
se negaron á seguir
el viaje, y hemos tenido
que alquilar un carromato
tirado por un indigno
jamelgo que no podía
casi mover el vehículo.

ANT. Pero en el primer tren, sin duda,
se marcharán.

EMILIA. Yo no sigo
el viaje.

BLANCA. Pues yo no monto
ya en un tren.

ANT. (¡Estoy lucido!)

VIZC. Por lo pronto, cenaremos:
porque, eso sí, el apetito

es regular. Y después,
á la cama.

BLANCA. ¡Ay! Sí.

ANT. (¡Ay, Dios mío!
¿Y á qué cama?)

VIZC. ¿Y monsieur Pierre?
¿Le has llamado? ¿Se ha vestido?

ANT. Sí señor.

VIZC. ¿Qué tomaremos?

BLANCA. Yo más que hambre tengo frío.

EMILIA. Lo que tú quieras.

BLANCA. Yo, nada.

VIZC. Pues, hija mía, es preciso
cenar. Algo que se haga
muy pronto.

ANT. Tenemos pisto.

VIZC. ¿Qué pisto?

ANT. Y hay ensalada
también.

VIZC. No... ¡qué desatino!

ANT. Con sal.

VIZC. ¡Pero tú estás loco,
hombre!... ¿Qué te ha sucedido?
Mira, Pedro, dí que venga
aquí el cocinero; á él mismo
le explicaré lo que quiero,
porque Antonio está en el limbo.
(Vase Pedro por el foro de la derecha.)
Tú, vete. Si me haces falta
te llamaré.

ANT. (Si Chichito
sale... si sale Panchita...)

VIZC. Que te vayas. ¿No has oído?
(Vase Antonio por el foro de la derecha.)

ESCENA III

VIZCONDE, EMILIA, BLANCA; después PIERRE

BLANCA. Ahora en casa sin criadas
ni doncellas... ¡qué fastidio!

EMILIA. Ibamos por tanto tiempo,

que las hemos despedido.

VIZC. Y nos debemos marchar
otra vez.

BLANCA. Yo me resisto.
Tengo miedo.

VIZC. ¡Qué cobarde!
Si aquí ocurre un cataclismo
tú serás la responsable.
Me quedo por tu capricho,
y don León desembarca,
y viene, y me pega un tiro.

EMILIA. Eso, no.

BLANCA. Pero, ¿es tan fiero
ese americano?

VIZC. Un indio.

PIERRE. (Sale por el foro con el delantal puesto y la gorra en la mano.)
Señor Vizconde...

VIZC. ¡Hola, Pierre!
Ven aquí.

PIERRE. (¡Qué compromiso!)
Señor... (¡Cómo estoy!... No sé
dónde estoy ni lo que digo.)
Usted mandará, señor.

VIZC. Has de saber que venimos
con un apetito atróz.
Conque tú que eres activo,
prepáranos una cena
sabrosa, pero prontito.

PIERRE. Tres bien.

EMILIA. ¿Qué nos vas á dar?

PIERRE. Voy á darles... (¡Qué aturdido
estoy!) Les daré... (Un disgusto;
pero espantoso.)

VIZC. ¿Qué has dicho
entre dientes?

PIERRE. Yo, señor...

VIZC. Para empezar...

PIERRE. Pues yo opino
que para empezar se debe
principiar... por el principio.

VIZC. El principio luégo; antes

sopa.

PIERRE. Eso es... me he confundido.
Una sopa, sí.

EMILIA. ¿Y de qué?

PIERRE. Sopa de pan, que es preciso
hacerla con pan.

EMILIA. Es claro.

VIZC. ¿Y después?

PIERRE. Después le guiso
á usía yo los riñones,
y á la señora los hígados,
y á la señorita...

BLANCA. No;
¡á mí no!

EMILIA. Si está dormido.

VIZC. Mira, vete, haz lo que quieras;
pero no tardes un siglo.
Pasemos al comedor.
Allí, sentado en mi sitio,
se me hace el tiempo más corto.

EMILIA. Como tú quieras.

BLANCA. Yo os sigo
para haceros compañía,
porque no tengo apetito.
(Vanse por el foro Emilia, Blanca y el Vizconde

ESCENA IV

PIERRE

¡Mon Dieu! ¡Perder esta casa!
¡Salir de este paraíso
donde he vivido feliz.
Aquí, donde el señorito
me daba para la plaza
diez duros, y tan tranquilo
le sisaba diez y medio
é nunca lo ha conocido.

ESCENA V

PIERRE y LAURA que sale de su cuarto, por el segundo término de la derecha.

LAURA. ¡Ay! ¡Cómo estoy! ¡Qué flojera!
Aqui hay gente. Un hombre. ¿Quién
será? ¡Monsieur Savarín!

PIERRE. (¡Ah! ¡Sacre bleu! ¡La habanera!)

LAURA. ¿Usté así? ¡Qué extravagancia!

PIERRE. ¿Se asombra de verme así?
Mi toilette de noche.

LAURA. Sí.

PIERRE. Esta es la derniere en Francia.

LAURA. Pues no es la moda bonita.
(¡Qué desfallecida salgo!
Voy á ver si me dan algo.)

PIERRE. ¿Dónde va usted, señorita? (Deteniéndola.)

LAURA. ¿Que dónde voy? (Por demás
es curioso el attaché.)
Voy donde voy.

PIERRE. No dé usté,
señorita, un paso más.

LAURA. ¡Ay! ¿Qué pasa?

PIERRE. No se asombre,
no se asuste usté. (¡En qué lío
estamos!)

LAURA. (Pero, Dios mío,
¡qué nervioso es este hombre!)

PIERRE. ¿Dónde va usté apresurada?
De aqui no puede salir.
Yo no puedo consentir
que usted se moleste en nada.
¡Tan jolie, tan hechicera,
dar usted misma un recado!
Yo soy su humilde criado
y la traeré lo que quiera.

LAURA. Gracias, monsieur Savarín.
Pues iba...

PIERRE. Lo he comprendido.
En su cara lo he leído.

Hoy no hemos comido bien.
Tiene usted lo que yo tengo:
apetito.

LAURA. Hambre canina.

PIERRE. Iba usted...

LAURA. Á la cocina.
¡Qué vergüenza!

PIERRE. De allí vengo.
Salí de mi habitación
exánime y allá fuí.
Yo entiendo de guisar.

LAURA. ¿Sí?

PIERRE. Un poco por afición,
y no lo suelo hacer mal.
Allí, dándome gran prisa
y muriéndome de risa,
me puse este delantal.
Una perdíz encontré
y me dije: «Soy felíz»
y desplumé la perdíz
y la limpié y la trinché;
y á asarse la puse luégo
entre dos hojas de parra,
porque así no se achicharra
aunque esté muy vivo el fuego.
Vivo estaba y se asó sola..
De la lumbre la saqué,
las alas la coloqué
y la cabeza y la cola;
y en una fuente rodeada
de pedazos de limón,
está diciendo: «garçon:
sirve una perdíz asada.»

LAURA, Usted ha sido felíz.
y yo tan tranquila estoy. . (Se dirige al fondo.)

PIERRE. ¿Dónde va usted?

LAURA. Hombre, voy
á buscar otra perdíz.

PIERRE. No vaya usted; no es preciso.
Yo iré, y aquí la traerán
una perdíz, un faisán
y un ave del Paraíso.

LAURA. ¡Qué amable!

PIERRE. Pero éntre usté
en su cuarto; se lo ruego.

LAURA. Corriente.

PIERRE. Yo vendré luégo...
No salga; yo llamaré.

LAURA. Venga pronto. Es muy urgente.
Estoy casi desmayada.

PIERRE. ¡Silencio!

LAURA. ¿Qué es eso?

PIERRE. Nada.
(Pensé que venía gente.)
Hable usted, por Dios, bajito.

LAURA. ¿Pero hay enfermo en la casa?

PIERRE. Hay un enfermo, y no pasa
de la noche el pobrecito.

LAURA. Pues hasta luégo. (Muy bajo.)

PIERRE. Hasta luégo.
(Laura se va y vuelve.)

LAURA. Monsieur... monsieur...

PIERRE. Señorita...

LAURA. La perdíz, muy doradita.

PIERRE. La voy á dorar á fuego
desde el cuello hasta las patas.

LAURA. Gracias, monsieur Savarín. (Se va y vuelve.)
Monsieur... con patatas.

PIERRE. Bien.

LAURA. Monsieur... con muchas patatas.
(Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA VI

PIERRE y ANTONIO

PIERRE. ¡Qué bonita! Yo la hubiera
conquistado, é ya no hay tiempo.

ANT. Pero hombre, ¿qué hace usté aquí?
¿En qué piensa? Llame á Pedro,
á ver si los tres reunidos
podemos hallar un medio
natural para salir
con bien de este atolladero.

(Vase Pierre por el foro.)
Por supuesto, esto no tiene
ni compostura ni arreglo.

ESCENA VII

ANTONIO y PANCHA que sale por la primera de la derecha.

PANCHA. Monsieur Pierre.
ANT. (¡Ay! ¡Doña Pancha!)
¿Dónde va usted?
PANCHA. ¿Qué? ¿No puedo
salir de mi cuarto?
ANT. No.
En esta tierra de hielo
usted, cubana, salir
á tal hora, con tal fresco...
el relente de la noche...
PANCHA. Pero ¿relente aquí dentro?
ANT. Además, pueden llegar
los otros y sorprendernos.
PANCHA. ¿Cómo los otros?
ANT. No; nada.
(¡Si no sé lo que me pesco!)
PANCHA. Pero ¿no viene esa?
ANT. Ya
la tenemos puesta al fuego.
PANCHA. ¿A la doncella?
ANT. La tila.
¿No han pedido al cocinero
una taza?
PANCHA. ¿Yo?
ANT. (Estoy loco.)
PANCHA. ¡Usté ha perdido el acento
francés!...
ANT. El acento. . (¡Ah! Sí.
Ahora soy francés. Bien; bueno.
Me da lo mismo.) Entre usted
en su cuarto. Se lo ruego
por Dios.
PANCHA. Pero mándeme

esa doncella.

ANT. Al momento.

PANCHA. La necesito. Yo soy
muy inútil, lo confieso.
¿Me levanto? Es necesario
que alguién me vista. ¿Me acuesto?
Me han de desnudar. ¿Peinarme?...
Sola yo nunca me peino.
¿Pasearme...? Ha de ser en coche.
Hasta hablar, con mucho esfuerzo,
sacándome las palabras
con tirabuzón del cuerpo.
Me casé, he tenido hijos,
y siempre le he dicho al médico:
«Conmigo no cuente usted.
Si ellos quieren nacer, bueno;
y si no quieren nacer
por la buena, ¿qué remedio?
Que se queden donde están
porque yo no me molesto.»

ANT. ¡Pues es usted una alhaja!

PANCHA. Valgo más oro que peso.

ANT. ¡Ay!... ¡Que vienen! Dentro... pronto...
Son ellos.

PANCHA. ¿Cómo son ellos?
¡Pero hombre. . pero por Dios!...
¡Pero esto es un atropello!
(La obliga á entrar en su cuarto.)

ANT. (Dirigiéndose al foro para ver quién llega.)
¡Ah! No. ¡Qué susto! Respiro.
Son Pedro y el cocinero.

ESCENA VIII

ANTONIO, PEDRO y PIERRE que salen por el foro de la derecha.

PIERRE. Aqui estamos.

ANT. Acercarse
con precaución y silencio.

PIERRE. ¿Qué vamos á hacer, Antonio?

PEDRO. Eso digo yo.

ANT. Primero
quieren cenar y después
piensan acostarse.

PIERRE. Puedo
tardar en hacer la cena
tres horas.

ANT. Muy bien. Tenemos
tres horas para idear,
para estrujar el cerebro
buscando algo que nos salve.

PEDRO. Es preciso echar á éstos.

PIERRE. Es necesario sacarlos.

ANT. Sacarlos vivos ó muertos.
Por mirarlos en la calle
daría...

PIERRE. Y yo.

ANT. Vamos, Pedro,
¿qué dices? ¿No se te ocurre
nada?

PEDRO. Se me ocurre un medio,
el único, el más sencillo,
el mejor y el más derecho.
Yo entro en este cuarto, tú
entras en ese aposento,
y tú en aquél. Somos tres
para tres.

ANT. Sí.

PEDRO. Los cogemos
por la fuerza, los tiramos
por el balcón...

ANT. ¡Hombre!

PEDRO. Y luégo
cerramos.

ANT. ¡Qué atrocidad!

PIERRE. ¿No se te ocurre más que eso?
Eso es muy violento, hombre.
Por Dios... Yo tengo un proyecto
mejor.

ANT. ¿Mejor? Dílo pronto.

PIERRE. Verás. Yo le pego fuego
á la casa con petróleo.
A nuestros gritos, corriendo

se echan locos á la calle
aquéllos vestidos, y éstos
sin vestir, é todos fuera
de la casa, é ya está hecho.
E si se quema Chichito,
que es un imbécil, me alegro.

ANT. Vamos; estáis rematados.
¡Vaya que tenéis ingenio!

PIERRE. (Á Antonio.)
¿Y tú? Tú no has dicho nada.
Habla... á ver ese talento.
(Suenan tres campanillas dentro.)

ANT. ¡Las campanillas! ¡Llamando
los tres!

PIERRE. ¡Dios mío! ¡Qué estrépito!

ANT. Corre... Ata esas campanillas
ó somos perdidos.

PEDRO. Vuelo. (Vase por el foro.)

ANT. ¡Estas casuchas antiguas
con estos malos cencerros!...
(Cesan de tocar las campanillas.)

ESCENA IX

ANTONIO y PIERRE

ANT. Ya han callado las malditas.

PIERRE. El comedor está lejos,
y no se habrán enterado.

ANT. ¡Ojalá! Se pasa el tiempo
y no resolvemos nada.
¡Estoy idiota!

PIERRE. Yo tengo
otro medio. Este no es malo.

ANT. Explícate.

PIERRE. Yo les echo
en la comida un narcótico
á aquellos tres é los duermo.

ANT. Eso me parece bien.
Sigue.

PIERRE. Yo les sirvo á éstos

un chocolate, un café,
cualquier cosa, que contentos
tomarán, porque han comido
muy poco, é también los duermo.
Cojemos á aquellos tres
con cuidado, é los metemos
en donde están estos tres;
y á estos tres, con mucho tiento,
entre los tres los bajamos
doucement é los ponemos
en la mitad del arroyo
á que duerman al sereno.

ANT. Y el sereno, que está cerca,
paseándose da con ellos,
y los juzga tres cadáveres,
y sube y nos lleva presos.

PIERRE. Tú criticar; pero nada
se te ocurre.

ANT. Nada encuentro.

PIERRE. ¡Pasos!...

ANT. ¡Pasos!

PIERRE. Viene gente.

ANT. Corre á la puerta.

PIERRE. ¿Qué veo?
¡Las señoritas!

ANT. ¡Dios mío!

PIERRE. ¡Me verán! Yo aquí me meto.
(Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA X

ANTONIO, EMILIA y BLANCA con una luz cada una: EMILIA, con las llaves en la otra mano.

ANT. ¿Qué es esto? Estará muy pronto
la cena.

EMILIA. Tenemos sueño.

BLANCA. Renunciamos á la cena.

ANT. ¿Cómo renunciar? Es bueno
tomar algo.

BLANCA. Yo me caigo
á pedazos.

ANT. (¡Dios del cielo!)
BLANCA. Adiós, mamita.
ANT. En ayunas
no es posible.
EMILIA. Dame un beso.
ANT. Si está en seguida la cena...
pero aguarden un momento.
BLANCA. Hasta mañana.
EMILIA. Adiós, hija,
que duermas bien.
(Se dirige Emilia á la primera de la izquierda y Blanca á la primera de la derecha.)
ANT. ¡No!
EMILIA. (Volviéndose.) ¿Qué es eso?
¿Has dicho no?
BLANCA. Yo, mamá,
creí que tú... Yo iba en silencio
á acostarme.
EMILIA. Yo también.
BLANCA. Pues adiós.
EMILIA. Adiós, lucero.
(Vanse Emilia por la primera de la izquierda y Blanca por la primera de la derecha.)
ANT. Sólo resta encomendar
el alma á Dios. Padre nuestro
que estás en el cielo...
EMILIA y BLANCA. (Dentro.) ¡Ah!
ANT. ¡La casa se vino al suelo!
(Entran corriendo espantadas Emilia y Blanca.)
BLANCA. (Saliendo.) ¡Mamá!
EMILIA. (Idem.) ¡Blanca!
BLANCA. ¡Hay gente aquí!
EMILIA. ¡Y aquí, acostado, leyendo,
hay un hombre con un gorro!
BLANCA. Y aquí, no he visto del miedo
quién es; pero hay gente.
EMILIA. ¡Antonio!
ANT. (Quiero escapar y no puedo.
Las piernas se me resisten.)
EMILIA. Antonio... pronto... ¿qué es esto?
Explícanos...
ANT. (Yo, ¿qué digo?)

Es un extraño suceso.
No lo quiera usted saber,
señora.

EMILIA. Quiero saberlo.

ANT. ¿No han visto ustedes que estoy
yo toda la noche inquieto,
nervioso, triste?...

EMILIA. Es verdad.

BLANCA. Tienes razón.

ANT. Pues por eso.
Quise alejarlas de aquí,
hice todos los esfuerzos
posibles, y ha sido en vano.
Al fin el choque... el encuentro...
¿Qué más puedo yo decir?

EMILIA. Pues Antonio, no te entiendo.

BLANCA. Ni yo.

EMILIA. ¿Quién es ese hombre
ahí acostado, tan fresco,
tan tranquilo?

ANT. ¿Que quién es?

BLANCA. ¿Quién es? Habla.

ANT. (¡Ah, majadero
de mí!) ¿Quién es ese hombre?
¿No lo aciertan?

EMILIA. No lo acierto.

ANT. ¡Don León!

EMILIA. ¡Jesús, María!
¡El mejicano! ¡El del pleito!

BLANCA. ¡El que ha jurado matar
á mi padre!

EMILIA. ¡Dios eterno!

ANT. Estaba yo aquí tranquilo;
llaman, abro sin recelo,
y dando á la puerta un golpe
penetra un hombre colérico
agitando en la derecha
un revólver y diciendo:
«¿En dónde está ese bandido,
dónde? ¡Que se dé por muerto!»)
Su familia entra detrás,
y con súplicas y ruegos

procura calmarle; yo,
valeroso, le detengo
y le digo: «Se han marchado.
Están en el extranjero.»
—¡Mejor!—exclama:—«esta casa
es mía. Fué de mis abuelos.
Con mi dinero estos muebles
se han comprado. Soy el dueño
aquí de todo.» Acomoda
á toda su gente, luégo
él á su gusto se instala.
Llaman ustedes en esto,
y yo, sin saber qué hacer,
loco entre todos me veo.

BLANCA. Corre, avisa á la pareja.

ANT. No, por Dios, nada de extremos
ni violencias con este hombre.
Es capáz de pegar fuego
á la casa.

EMILIA. ¡Qué conflicto!

ANT. Yo buscaré con ingenio
un recurso, una manera
de irlos sacando sin riesgo
uno por uno de aquí.

BLANCA. Nosotras te ayudaremos.

EMILIA. Mas, por Dios, que no se vean
los dos

BLANCA. Eso es lo que temo.

ANT. Ustedes á entretener
al señor. Yo aquí me quedo
á discurrir, á pensar...

EMILIA. ¡Ay! Que te ilumine el cielo.

BLANCA. Un millón de gracias.

EMILIA. Cuenta
con nuestro agradecimiento.

ANT. (Me va á valer todavía
esta pillada dinero.)
Déjenme ya.

EMILIA. Vámonos.

ANT. Pero sin hablar.

BLANCA. Silencio.
Si te hago falta vendré.

ANT. No, no.
BLANCA. (Yo estaré en acecho
por si le sucede algo.)
EMILIA. Vamos.
BLANCA. ¡Qué susto!
EMILIA. ¡Qué miedo!
(Vanse por el foro de la derecha.)

ESCENA XI

ANTONIO y CHICHITO

ANT. Esto va perfectamente.
Buenos auxiliares tengo.
CHICH. (Sale por la primera de la izquierda. Toilette de noche ridícula, y con una *Correspondencia de España* en la mano.)
Monsieur Pierre...
ANT. (¡Adiós! ¡El otro!)
CHICH. ¡Hombre! ¡Me gusta! ¡Qué ejemplos
en su casa! Es inmoral
lo que aquí está sucediendo...
¡un escándalo!
ANT. ¿Qué pasa?
Á ver.
CHICH. Con razón me quejo.
Se me ha entrado una señora
hasta la alcoba.
ANT. ¿Y es eso?
¡Pues vaya un disgusto!
CHICH. Y grande.
Porque yo estaba leyendo
La Correspondencia.
ANT. ¿Y qué?
CHICH. Que contaba que un viajero
había sido asesinado
en una fonda, y me veo
de repente, un fantasmón
delante y un candelero
en su mano, y en la otra
un puñal.

ANT. ¡Hombre!... Un llavero.
Se ha equivocado de cuarto
una huéspeda; pues bueno,
para otra vez, eche usted
el cerrojo.

CHICH. No le echo,
porque no tiene la entrada
cerrojo. ¡Qué desarreglo!
Tenga usted cuidado, usted.

ANT. Sí, pondré un alabardero
á la puerta.

CHICH. ¡Ay, Dios! ¡Qué casa
para un viaje de recreo!
Ni se come, ni se bebe,
ni se duerme con sosiego.

ANT. Pues si es mala, márchese
ahora mismo.

CHICH. Pues no quiero.

ESCENA XII

DICHOS y BLANCA *que sale por el foro*

BLANCA. Disputan. ¿Qué pasará?

ANT. (¡La señorita! ¡Otro enredo!)

BLANCA. ¿Qué ha sucedido?

ANT. No es nada.

CHICH. (¡Calla! ¡Qué miro!)

BLANCA. (¡Qué veo!)

CHICH. (¡Es ella!)

BLANCA. (¡Es el de París!)
¿Quién es éste? (*Á Antonio.*)

ANT. ¿Quién? El hijo
de don León.

BLANCA. (Se abre el pecho
á la esperanza.)

CHICH. (¡Qué mona!)

BLANCA. (Á éste sí que le convenzo.)
Déjame sola con él.

ANT. ¿Cómo con él? (*Asustado.*)

BLANCA. Un momento.

ANT. Pero por Dios...

BLANCA. No hay cuidado.
ANT. (¡Esto se va componiendo!)
No diga usted que esta casa (Bajo á Blanca.)
es suya, porque frenético
se pondrá.
BLANCA. Yo sé qué hacer.
ANT. (¡Estamos como queremos!)
(Vase por el foro.)

ESCENA XIII

CHICHITO y BLANCA

CHICH. (Más graciosa, más bonita,
más joven que la dejé.)
BLANCA. ¿Me ha reconocido usté?
CHICH. Ya lo creo, señorita.
En París la conocí
un día por dicha mía.
BLANCA. Cuando pasé con mi tía
una temporada allí.
CHICH. En el Louvre, sin otros fines
que el de pasearme, entré
y en el gran patio la hallé
comprando unos calcetines.
Quise el bazar recorrer;
pero el corazón dió un salto
en mi pecho, y dijo: «Alto,
hombre, mira á esa mujer.»
Salió usted, salí detrás,
y recorrimos á pié
el Primtemps, el Bon marché
y cincuenta tiendas más;
yo, para andar, tan cobarde,
y ustedes como dos gamos.
¡Ay! ¡Mire usted que compramos
ropa blanca aquella tarde!
BLANCA. La última vez que nos vimos
fué en el Bois.
CHICH. Sí; fué en el Bois.
Me presentaron, y ya
juntos á París volvimos.

El sol claro, verde el suelo,
yo enamorado, usted bella,
en el arco de la Estrella
me atreví á llamarla «cielo.»
La pedí misericordia,
la dije sin vacilar
que la quería, al cruzar
la plaza de la Concordia.
Contestó con turbación,
y con voz poco serena,
y al dar con la Magdalena
lloraba usted de emoción.
La noche nos sorprendió
recorriendo el boulevard.
Con su tía, á mi pesar,
usted á un coche subió.
partió el coche como un rayo
y me lo ocultó la noche.
¡Yo quedé envidiando al coche,
al cochero y al caballo!

BLANCA. Llegó un parte y fué forzoso
marchar. De pronto partí.

CHICH. Y yo á la Habana volví
con un spleen espantoso.
«¿Qué es lo que le pasa al niño?»
Me dijeron. «¿Qué ha de ser?
»He perdido una mujer.
»Pues ve á buscarla, cariño,
»si esa pasión te da guerra,
»y no nos pongas mal gesto.»
Y salí de allí dispuesto
á dar la vuelta á la tierra.

BLANCA. Pues ya no tiene que dar
esa vuelta.

CHICH. Es consiguiente.
Yo me alegro, francamente,
porque me iba á reventar.
La he vuelto á ver tan bonita,
y me he creído morir.

BLANCA. Me está usté haciendo reir.

CHICH. Que no es chanza. señorita.

BLANCA. ¿Es posible tanto amor?

CHICH. Yo nunca miento. Es de veras.
Cierto.

BLANCA. Y si yo le pidiera
una prueba...

CHICH. Sin temor,
pídala. No retrocedo
ante nada.

BLANCA. (Sí; me ama.)

CHICH. Yo soy el negro, usté el ama.
Me manda rodar y ruedo.
¿Es muy difícil?

BLANCA. Quizás.

CHICH. ¿Qué me pide? Vaya; pida.

BLANCA. Qùe deje usted en seguida
esta casa.

CHICH. ¿Nada más?
Pues no haga usted más extremos,
que la prueba me acomoda.

BLANCA. Ha de ser pronto y con toda
su familia.

CHICH. Nos iremos.
Si yo estoy muy mal aquí,
si yo no estoy de buen grado.

BLANCA. Se comprende.

CHICH. Y muy cargado.

BLANCA. Estará violento...

CHICH. Sí.

BLANCA. Es claro; teniendo buenos
sentimientos, aquí ¿quién
está?

CHICH. Y teniendo un buen
estómago mucho menos.
Nos vamos. Ante testigos
se lo puedo prometer.

BLANCA. Entonces podemos ser
aún amigos.

CHICH. Más que amigos.

ESCENA XIV

DICHOS y ANTONIO por el foro de la derecha, con un papel.

ANT. (¡Qué miro!... ¡Se dan la mano
estos dos! ¡Cosa más rara!)
BLANCA. Ya nos veremos.
CHICH. (No hay más
que salir de aquí. Sin falta
mañana, porque ahora ya,
¿cómo? Son las doce dadas.)
Monsieur Pierre... ¡eh!. . Monsieur Pierre...
ANT. (¡Ah! Soy yo. No me acordaba.)
¿Manda el señor?...
CHICH. Que me llamen
muy tempranito mañana.
ANT. ¿Conque tempranito?
CHICH. Sí.
Aunque es tan dulce la cama...
No, mejor es...
ANT. Mire usted; (Muy cargado.)
si usted quiere, se levanta,
y si no, se está acostado
hasta el domingo de Páscua,
¡y á me deja usté en paz!
CHICH. ¡Insolente! ¡Sin crianza!
(Á este hombre le mato yo
mañana de madrugada;
pero, madrugar... le mato
en levantándome, vaya.
¡Sin vergüenza!) Señorita...
BLANCA. ¡Caballero!...
CHICH. (¡Está muy guapa!)
(Vase Chichito por la primera de la izquierda.)

ESCENA XV

ANTONIO y BLANCA

ANT. Pero ¿usía le conoce?

BLANCA. Le he hablado una vez en Francia.
Supe sólo que era un rico
americano. Ignoraba
de qué familia.

ANT. (¡Respiro!)

BLANCA. Le he convencido y se marcha.

ANT. Ese sí, que es un buen chico.
¿Y el padre? Aquí está la jáula,
aqui está la fiera.
(Señalando la primera de la derecha.)

BLANCA. ¡Ay, Dios!
¡qué miedo!

ANT. No tema nada.
He encontrado un gran recurso.
Ahora respondo de él.

BLANCA. Gracias,
Antonio.

ANT. Yo...

BLANCA. Corro á dar
á mamá la nueva fausta.
(Vase por el foro.)

ESCENA XVI

ANTONIO y PANCHA

ANT. En leyendo este papel,
se larga; pero se larga
sin pasar aquí la noche.
Doña Pancha... doña Pancha...
(Llama al cuarto de doña Pancha.)

PANCHA. ¿Qué es esto? ¿Qué quiere usté?
¿Por qué está llama que llama?

ANT. Dispénseme osté, señora...
las costumbres de la casa...
En esta casa es costumbre,
ya desde fecha lejana,
de pasar á los viajeros
una nota detallada
por la noche, de los gastos
de todo el día.

PANCHA. No es mala
la costumbre.

ANT. Un memorandum.
Así después no le extraña
la cuenta.

PANCHA. Vamos á ver.
(Antonio le entrega la cuenta.)

ANT. Desde la hora de llegada,
las nueve.

PANCHA. (Lee.) «Unas sopas de ajo,
tres raciones.» Y bien malas.
(Sigue leyendo.)
«¡Mil y quinientas pesetas!»
¿Qué es esto? ¡Jesús me valga!
¡Esto es una atrocidad,
un atropello, una estafa!

ANT. Doña Pancha .. es la tarifa.

PANCHA. Cállese usted, Pancha-ampla.

ANT. Yo soy solo el encargado;
el propietario me manda.
Si no la conviene el precio,
se va.

PANCHA, No me da la gana
de marcharme. Y á estas horas
menos, ¿sabe usted? Y echada,
jamás. Tengo yo fortuna
para estar una semana
en esta fonda. Trescientos
pesos unas sopas! Nada...
Agua y pan como á los patos.
¡Vaya una fonda barata!
Esa suma no la pago.
Esto ha sido una emboscada.
Tendremos pleito.

ANT. Señora...

PANCHA. Que los pleitos no me espantan.

ANT. Yo...

PANCHA. Precisamente, aquí
está en el Supremo Vargas,
Perico Vargas, que estuvo
de magistrado en la Habana,
y en vida de mi marido
estaba metido en casa
siempre, y todos le tratábamos

con muchísima confianza.
Y siempre con mi Narciso
de paseo en la volanta,
y al Círculo, y al café.
Las gentes aseguraban
que quería á mi marido
más que á mí. ¡Qué sofocada
estoy! ¡Qué nerviosa estoy!
Yo pediría una taza
de tila; mas si la pido
tendré que pedir mañana
limosna.
(Se oye dentro toser al Vizconde.)

ANT. (¡La tos del amo!)
Silencio, señora. Basta
de reflexiones, y adentro.

PANCHA. ¡Adentro! ¿Qué es lo que pasa?

ANT. Que viene.

PANCHA. Pero, ¿quién viene?

ANT. ¡Pronto!

PANCHA. ¡Dios mío!... ¡Qué casa!
(Antonio la obliga á entrar en su cuarto.)

ESCENA XVII

ANTONIO y EL VIZCONDE por el foro

VIZC. ¿Dónde está ese cocinero?
Y tú, Antonio, ¿dónde andas?

ANT. Voy á buscarle, señor.

VIZC. ¡No tiene poca cachaza!
(Vase Antonio por el foro.)

ESCENA XIII

EL VIZCONDE

¿En dónde se habrá metido?
Como no haya ido á la plaza
ese hombre...

PIERRE. (Entreabre la puerta segunda de la izquierda y saca la cabeza.)

¿Podré salir?
¡Monsieur le Vicomte! (Cierra de golpe.)

VIZC. (Se vuelve al oir el ruído de la puerta.)
¿Quién anda
ahí? No hay nadie. De noche
todos los ruidos me cargan.
No estoy bien. Me voy derecho
en cuanto cene á la cama,
y á dormir. ¡Ay, qué delicia!
La verdad es que quebrantan
los viajes; y que á mi edad
está uno mejor en casa,
tranquilo, solo...
(Doña Pancha y Chichito abren las puertas de sus cuartos, primera de la derecha y primera de la izquierda, y dejan fuera el calzado, como es costumbre en las fondas, cerrando después.)
¿Qué veo?
¡Jesús! ¡Cosa más extraña!
¿Qué zapatería es esta
que á mi casa se traslada?
Pero, ¿cómo?... Pero, ¿quién?...
¡Esto es comedia de magia!
¡Aquella puerta se abre!
(Segunda de la derecha.)
¿Quién va? ¡Calle! ¡Una muchacha!

ESCENA XIX

EL VIZCONDE y LAURA saliendo por la segunda de la derecha.

LAURA. (¡Esa perdíz no parece!
¡Ay, Dios mío! ¡Pues no tarda
el diplomático! Es claro;
si no sabrá una palabra
de cocina.)

VIZC. Señorita...

LAURA. Caballero... (¡Con qué guasa
estará dale que dale
al fuelle! ¡Qué tipo! ¡Vaya

con el hombre! Algo ordinario;
pero no me desagrada.)

VIZC. Señorita...

LAURA. (¡Ay, qué señor
más pegajoso y más facha!)
Muy señor mío.

VIZC. Dispense
usted; pero deseaba
saber cómo se halla aquí.

LAURA. ¡Vaya una pregunta rara!
Pues como usted.

VIZC. ¿Como yo?...

LAURA. Es claro.

VIZC. Pero, ¿qué causa?...

LAURA. Sin causa. Estoy, porque estoy;
y estaré mientras me plazca.

VIZC. Pero, en fin, ¿con qué derecho?

LAURA. ¿Derecho?

VIZC. Esa es la palabra.

LAURA. Pues con el mismo derecho
que usted; no sea usted machaca.

VIZC. (¡Señor!... ¡Esto es lo inaudito!)
Dispense usted, señorita,
pero...

LAURA. Doy por terminada
la conversación.

VIZC. Yo quiero
saber...

LAURA. Hará que me vaya
á mi cuarto.

VIZC. Diga usted
al mío.

LAURA. ¿Al suyo?...

VIZC. ¡Caramba!
¿Sabré yo cuál es mi cuarto?

LAURA. ¡Y yo! ¡Estoy desmemoriada
ó demente! Este es mi cuarto;
la habitación inmediata
de mamá.

VIZC. ¿De su mamá?
¿Su mamá es la propietaria
de esos zapatos?

LAURA. La misma.
VIZC. Si usted quisiera llamarla
Debo decirla algo urgente.
LAURA. Veré... si no está acostada ..
VIZC. ¿Cómo acostada?
LAURA. Pues hombre,
¿se figura usted que pasa
mi mamá la noche en vela?
Mamá, sal.
PANCHA. (Saliendo.) ¿Qué quieres, Láura?

ESCENA XX

DICHOS y PANCHA por la primera de la derecha.

VIZC. Dispénseme usted, señora;
pero necesito hablarla
para aclarar ciertas cosas,
en verdad extraordinarias.
Yo soy de esta casa el dueño.
PANCHA. Me alegro No deseaba
otra cosa, amigo mío,
más que echármelo á la cara.
VIZC. ¿Para qué?
PANCHA. ¡Para decirle
sin rodeos ni metáforas,
que es usté un ladrón!
VIZC. ¡Señora!
PANCHA. ¡Y que otros con menos causa
están en Ceuta!
VIZC. ¡Señora!...
¡A mí ninguno me falta!
PANCHA. ¡Yo le falto á usted!
LAURA. (Dirigiéndose á la primera de la izquierda.)
Chichito...
Chichito... pronto.
CHICH . (Saliendo de la primera de la izquierda,)
¿Qué pasa?
VIZC. Pero esta gente, ¿quién es?
(Dirigiéndose al foro.)
Antonio... Antonio...

ANT. (Sale por el foro.) ¿Me llaman?
¡Pancha, Chichito, el señor!
¡Huyamos!) Va á marcharse por el foro, y Emilia y Blanca, que salen al mismo tiempo, lo detienen.)

EMILIA. ¡Eh!... No te vayas.

BLANCA. Ahora no nos dejes solos,
por Dios. (Bajo.)

ANT. (Cogido en la trampa.)

ESCENA XXI

PANCHA, LAURA, CHICHITO, EL VIZCONDE
EMILIA, BLANCA y ANTONIO

EMILIA. (¡Prudencia!) (Bajo el Vizconde.)

VIZC. Pero esta gente,
¿quién es?

EMILIA. ¿No lo sabes ya?
Don León y su familia.

VIZC. ¡Don León!

EMILIA. Déjame hablar
á mí. Señora... (Alto.)

PANCHA. Usted mande.

EMILIA. Ustedes comprenderán
que su posición aquí
es falsa y es anormal,
y es imposible. Convenza
á don León. Salga en paz
de aquí.

PANCHA. ¿Quién es don León?

EMILIA. ¡Toma! Su marido.

PANCHA. ¿Hay tal?
Si soy viuda.

VIZC. ¿Usted? ¿Murió
su esposo? ¡Oh, felicidad!

PANCHA. (¡Ay! ¡Qué mala entraña tiene
esta gente! A ver: ¿qué mal
les hizo el pobre Narciso?)

VIZC. ¿Entonces se arreglarán
nuestras diferencias pronto?

PANCHA. ¿Diferencias? Venga acá,

hombre de Dios. Si mi esposo
no fué don León jamás,
y la sola diferencia
entre nosotros, está
en la cuenta, que por eso
no paso.

VIZC. ¡En la cuenta!

EMILIA. ¿En cuál?

CHICH. ¿Cómo ha de haber diferencias
cuando yo pretendo entrar
en su familia; yo que amo
á esta niña angelical? (Por Blanca.)

PANCHA. ¡Cómo!

CHICH. Si es la que buscaba.

PANCHA. ¿Que tú te vas á casar
con esa niña?

EMILIA. ¿Con Blanca?

VIZC. ¿Con mi hija?

PANCHA. Eso no será.

CHICH. ¿Y por qué?

PANCHA. ¡Tú con la hija
de una patrona!

ANT. (¡Agua va!)

PANCHA. ¡De una pupilera!

EMILIA. ¡Yo!...

PANCHA. Sí señora.

EMILIA. ¡Insulto tal!...
Yo soy de la aristocracia.

BLANCA. ¡Pupilera mi mamá!

VIZC. Soy el Vizconde de Uriarte
y esta dama principal
mi esposa; y ésta mi hija.

PANCHA. Hombre, déjeme usté en paz.
Usted será lo que quiera,
marqués, conde ó general;
pero esta casa es la casa
de Viajeros de Ultramar.
Aquí se me ha recibido
con toda formalidad;
se me ha preparado cuarto
y me han dado de cenar
en mesa redonda: y luégo

como quien clava un puñal,
me han leído este papel
que dice... ustedes verán
lo que dice.

ANT. (¡Ábrete, tierra!)

PANCHA. «Unas sopas de ajo...»

ANT. (¡Ay!)

PANCHA. «Mil y quinientas pesetas.»

VIZC. ¡Dios mío!...

EMILIA. ¡Qué atrocidad!

PANCHA. «Por una ensalada, mil.»

ANT. (¡Ay!)

PANCHA. «Suplemento de sal,
quinientas. Por una cama,
mil. Si se quiere acostar
en ella el huésped, quinientas:
si duerme, mil. Por roncar,
quinientas.» ¡Esto es un robo!
Esto es capáz de sacar
de sus casillas á un santo
y al mismo Job, y á la más
pacífica, bonachona,
celeste y angelical;
y á mí, criolla, cubana
y floja y desmadejá.

VIZC. ¿Me permite usted, señora,
ese papel?

PANCHA. Allá va.

VIZC. (Lee para sí. Reconoce la letra de Antonio y se dirige á él.)
¡La letra de Antonio! ¡Ah, pillo!
¡Ah, sin vergüenza! ¡Ah, truhán!
¡En un mesón convirtiendo
mi casa! ¡Te he de matar!

ANT. Señor Vizconde, perdón.

PANCHA. ¿Qué escucho! ¿Conque es verdad?

EMILIA. ¡Qué infame!

CHICH. Pero ¿qué es esto?

LAURA. Que á todos en general
nos han dado la guayaba.

CHICH. Ó la lata. Por acá
la llaman lata.

VIZC. Señora...
dispénseme usted.
PANCHA. Ya está
dispensado.
EMILIA. No era fácil
suponer...
BLANCA. Ni sospechar...
VIZC. Deseo saber con quién
tenemos la honra de hablar.
PANCHA. Pues Panchita Díaz, hija
de Díaz.
VIZC. Es natural.
PANCHA. Viuda de Díaz y madre
de diez.
VIZC. ¡Demonio! ¿Y están
aquí los diez?
PANCHA. No señor.
Aquí estos dos; y ocho allá.
LAURA. Pero ha habido más viajeros
que nosotros.
VIZC. ¿Cómo más?
PANCHA. Un inglés que parecía
un ave fría disecá.
CHICH. Y una señora algo tosca.
ANT. (¡Sudo tinta!)
LAURA. Y además
un attaché, un parisién
extravagante en verdad,
pero joven y simpático.
VIZC. ¡Ah, bribón! ¿En dónde están
el inglés y la señora,
dí? (Á Antonio furioso.)
ANT. Se acaban de marchar.
VIZC. ¿Y el attaché?
ANT. En ese cuarto.
(Señalando el segundo término de la izquierda)
VIZC. Este señor, ¿qué dirá?
¡Qué vergüenza para mí!
Yo le debo presentar
mis excusas. (Acercándose á la puerta.)
Caballero...
Monsieur l' attaché, faites moi

l' honneur de sortir.

LAURA. No sale.

ANT. Ya no hay remedio, hombre, sa..

VIZC. ¡Qué veo! (Sale Pierre.)

LAURA. Pero ¿quién es?

EMILIA. ¡Pierre!

VIZC. ¡Mi cocinero!

LAURA. (Se desmaya.) ¡Ah!

(La rodean todos.)

BLANCA. ¿Qué tiene?

EMILIA. ¿Se ha puesto mala?

LAURA. No es nada; debilidad...
(¡Qué chasco!)

VIZC. Sí, ya es muy tarde.
Si ustedes quieren honrar
mi mesa...

PANCHA. Con mucho gusto.

VIZC. Este bribón guisará
por última vez. Si quiere,
no lo hace del todo mal.
Y tú... (Á Antonio.)

ANT. Todo se ha perdido.

PIERRE. Menos el honor, Antoine.

PANCHA. Ahora... si yo me atreviese...
pero tengo cortedad.
Pide un aplauso, Chichito,
que yo me canso de hablar.

CHICH. ¿Que pida un aplauso yo?
Yo soy tan tímido y tan...
Tú, niña, pídele tú,
que á tí te le querrán dar.

LAURA. (Al público.)
Si podéis, aplaudid fuerte;
y si no, con suavidad,
ó seremos gente al agua
los VIAJEROS DE ULTRAMAR. (Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso.
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.

Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con el Sr. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.
La lista grande, comedia en un acto y en verso.
El día del sacrificio, juguete en un acto y en verso.
Meterse á redentor, comedia en tres actos y en verso.
Manzanilla y dinamita, comedia en un acto y en verso.
Viva España! sainete en un acto, en prosa y verso.
El enemigo, comedia en tres actos y en verso.
Los hugonotes, comedia en dos actos y en verso.
Entre parientes, comedia en un acto y en verso.
Viajeros de ultramar, comedia en dos actos y en verso.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vulgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepín	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 L.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M
Quedarse in albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyugales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M.
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.